



LA
A L J A B A.

Dedicada al bello sêxo Argentino.

N.° 17

BUENOS AIRES, 11 DE ENERO DE 1831.

(PRECIO 3 RS:

Nos libramos de las injusticias de los demashombres, solamente cuando no existamos entre ellos.

Aviso á los señores subscriptores,

Con el No. 16 ha concluido la segunda subscripcion á este periódico. La editora tiene que agradecer el favor que se le dispensa sin ser acreedora á tan señalada distincion.

A los señores lectores de la Aljaba.

La que sub cribe cree un deber suyo recordar á sus generosos lectores, que el mismo interes que manifesto en el principio le anima; y que este és, cimentar en los corazones las bellas máximas de la moral; y que á ninguno supone desnudo de ellas: Que su primer objeto fué, és, y será escribir para la juventud; y como esta está sujeta á los padres y á las madres, és presisamente á ellas á quienes dedicó sus trabajos, para que por su órgano sean presentados á aquella

sus artículos. Sabe la que escribe, que hay algunos (de los muchos que buscan en los papeles públicos *solamente* el medio de exaltar mas y mas sus pasiones, ó entretener sus deseos mas favoritos) que leen sus artículos con *frialdad ó cansancio*; porque dicen, *que son cosas yá sabidas, y viejas*: muy bien, señores: para eso és qué teneis libre el albedrio; no tomeis la Aljaba en vuestras manos jamas: si os disgustan sus doctrinas, muchos hay que las aprecian, y para estos fué dedicada: bien terminantemente lo dijo en el prospecto. Mientras los amantes de las buenas máximas favorezcan la impresion, y el estado de la salud lo permita, no cesarán los desvelos, y la gratitud de la que firma. Ella no aspira á hacer su suerte por lo que escribe, pues siempre ha subsistido de sus bienes raices, y de su industria, en otro ramo no menos noble. Si faltan gente^s

que amen y aprecien un periódico moral (á imitacion de muchas obras, que *algunos tienen y por pocos son leídas*), no crean esas que le falte el pan á quien lo redacta; es un error crasísimo el pensarlo: no le anima ningun deseo innoble, y sí es su mayor estimulante la mas sana intencion; esta es la que domina el alma de la editora de la *Aljaba*

HONOR.

Llámase honor y se entiende por esta *buen* palabra, una virtud puramente nacida de la política ó una simple preocupacion de la imaginacion de algunos que llaman honor á lo que en realidad es la quinta escencia de la soberbia, ó de un altanero orgullo. El honor es una virtud real, y moral, dictada por la naturaleza, y grabada en las almas nobles, cuyas funciones son, por decirlo asi, vigilar sobre todas las acciones y conservarlas en su mayor pureza. El honor, como el jirgo precioso, se exprime de las flores, se forr de lo que hay mas esquisito en las virtudes, y es tal su delicadeza que la mas leve mancha basta para empañarlo. El es respecto del alma, lo que la vida respecto del cuerpo: él vivifica todas las acciones del hombre de bien, dirige todos sus sentimientos, ennoblece á la virtud misma, marchita los vicios, dá esplendor á las riquezas adquiridas bajo sus auspicios, consuela en los reveses de la fortuna, y sostiene al indigente aun en medio de su desgracia.

Es el honor como una segunda providencia para los estados: él manda la santidad de los ministros del altar, y hace que sus costumbres sean miradas con respeto: anima y dá valor á los guerreros: mueve y fortalece la justicia en los magistrados; promueve y agita la probidad en los comerciantes; destierra el dolo y la mala fé en los contratos; anima á los artesanos á mejorar sus talleres y no de-

fraudar con engaño á los consumidores, causa la emulacion en los talentos sutiles, é imprime en las mugeres el pudor que es una de sus mayores prendas, y quizá la de mas valor: en fin el honor es la vida moral del hombre; sin él es mejor no existir. ¿Qué es una persona sin honor en la sociedad? . . . Es un ser degradado que ha perdido todos los derechos y todos los goces mas preciosos que podria mirar como su patrimonio, si no le hubiese abandonado; es una fantasma que asusta á lo hombres de bien. La presencia de un hombre desnudo del honor inspira cierto horror, aunque acompañado del desprecio que merece, del que no puede desentenderse aun el que se halle mas prevenido de medios para substraerse de su contagioso ejemplo: al contrario que un hombre que le tiene por guia de sus mas pequeñas acciones, anima é infunde confianza con su solo aspecto, aun á aquellos que no le conocen bien á fondo.

CORRESPONDENCIA.

Sra. Editora de la Aljaba.

Convencidos de sus sentimientos, esperamos dé lugar en sus columnas al desahogo de nuestros corazones oprimidos por el peso de los mismos males que Vd. quiere desterrar del seno de las familias, con sus discursos dictados por el deseo que en ellos patentiza de mejorar las costumbres, y fomentar la moral en todos generalmente.

No crea Vd. que juzguemos por lo que por nosotros pasa de que Vd. no consiga, en mucha parte, el fin que se ha propuesto; pues conocemos que donde hay mugeres insugetables á la razon, tambien las hay dociles á los consejos, y faciles á practicar la moral y la virtud.

El caso es, señora, que somos casados, tenemos hijas é hijos, mas somos muy des-

graciados en nuestro estado; lo conocemos, y no nos queda mas consuelo que juntarnos, y quejarnos de nuestra mala suerte. Nuestras esposas, á las que elejimos, para que fueran dichosas formando nuestra felicidad, nos han traicionado, y en vez de hacernos vivir satisfechos y contentos, nos han colocado en un estado de desesperacion. No nos crea Vd. de los que pasen el dia en los cafes, ni en las mesas de juego; somos de aquellos maridos que, animados por el honor, no pensamos en otra cosa que en llenar nuestros deberes, ya como esposos, ya como padres y ya como ciudadanos. Salimos de nuestras casas á buscar los medios de subsistir sin depender de las bajezas, sino de nuestra industria; volvemos á ellas á las horas de gozar de una mesa frugal, y de la compañía de los objetos de nuestros afanes y cariños; mas, ¿qué piensa Vd. que hallamos? desórden, abandono y las cosas de la casa sin hacerse: ¿porqué pensará Vd. que esto sucede? porque las señoras, despues de *componerse*, salen á visitar y vuelven á las tres de la tarde, satisfechas de haber faltado á sus primeros deberes, abandonando sus hijos al cuidado de los criados, que aprovechan la oportunidad para cometer mil crímenes á la vista de los inocentes sin el menor miramiento, y contentísimas de haber despellejado á troche y moche, á las que llaman por delante amigas, mientras les sirven para el mismo objeto, de alimentar esa pasion degradante y vil de la murmuracion. ¿Puede esto sufrirse? ¿puede esta conducta dejar de ser reprochada, y aun corregida con severidad? ¿es para esto que nos hemos casado? ¿no compadece Vd. á unos hombres que vivimos sacrificados á nuestro deber, y que somos tan mal correspondidos?

Agregue Vd. á este desórden, las continuas querellas de nuestra parte, para que

haya continencia en esas salidas nocturnas, las que son causa de nuestro aniquilamiento pecuniario; la noche que menos gastan nuestras mugeres no baja de 40 ó 50 pesos, esto es en bagatelas, dejando á parte los gastos en grande. Es caso de perder el juicio cuando se nos presenta la cuenta, por los tenedores; dudamos que haya llegado á tanto el gasto que han necesitado hacer; preguntamos y se nos contesta que es cierto, y que todo fué en cosas indispensables á la decencia. ¡Ah Señora! qué decencia tan cara! 10, 12 pares de zapatos al mes; un vestido nuevo cada semana; un pañuelo cada dia; encajes, y flecos de oro! . . . ¡Pero donde vamos á parar, movidos de nuestra desesperada situacion!!! . . . disimule Vd; hemos abusado de su paciencia demasiado: dé Vd. un lugar á nuestras lineas, para que conozcan los que convidan á casarse á los solteros, de que magnitud son los males que soportamos.

Los Casados Infelices.

Contestacion á los casados infelices.

¡Qué sentimientos tan encontrados han hecho nacer las quejas de los *casados infelices*, en el corazon de la que escribe: Ella no puede negarse á compadecerlos; y al mismo tiempo ruborizarse de ver vulneradas las costumbres de sus compatriotas por los mismos que, *en otro caso* debian ser los órganos por donde sus virtudes morales fueran propagadas. ¿Qué podrá decirse á los primeros, para sostenerlos en su estado, y evitarles otros males de no poca trascendencia? no hay mas que exortarlos á la paciencia, y á que, con dulzura y suavidad persuadan á sus esposas á volver sobre sus pasos; haciendoles ver con razones fuertes, y positivas; que, sus propios intereses exigen una refor-

ma en sus costumbres; que sin esta no solamente van á ser precipitados ambos à dos en el abismo de la desgracia, sino que esponen à peor suerte á los tiernos frutos de su union, que serán sin remision víctimas de la miseria mas espantosa. ¿Qué otro medio queda que practicar?... ¿Que podrá conseguirse con quejas y reproches? exasperarse mas y mas, unos á otros, y fomentar con la aspreza, lo que puede destruir la suavidad, acompañada con la razon. Las mugeres tienen la propension de dejarse persuadir con facilidad: hay pocas tan caprichosas y obstinadas, que no se someten por la razon á las leyes de la justicia. ¿Cual será la que, habiendo recibido una mediana educacion, no conozca el mérito de una buena conducta? ¿y cual la que no mire á un hombre de bien como á un muro inespugnable que la pone al abrigo de todos los infortunios de la vida? Sí, mis compatriotas; las que sois favorecidas por la suerte de tener por compañero un hombre de bien, que llena en cuanto puede sus obligaciones, miradlo como una urna sagrada; rendidle todos los homenajes de vuestro corazon; sacrificad á él vuestras mas pequeñas voluntades: nada hagais sin su beneplácito: prolongad sus dias, para que en ellos se prolongue vuestra felicidad; un marido honrado és para una muger juiciosa un tesoro inapreciable, que debe conservar con el mayor esmero.

Contestacion á la letrilla de Orsindo: inserta en el No. 16.

¡ Orsindo en qué piensas!!
 ¿ Tratas de engreirme?
 ¿ Que soy debil juzgas?
 ¡ Cuando soy tan firme!!

El nombre ilustrada
 Escede à mis luces,
 Y á pensar te burlas,
 Tu mismo me induces.

¡ Yo inspirarte, Orsindo!!
 ¡ No ves que falicias!!
 ¿ A tí, que á las musas
 Tienes tan propicias?.....

Que te *embedes* dices
 Al leer mis doctrinas;
 No te creo, Orsindo.....
 Ni así me alucinas.

Mi estilo arrebatá,
Mis razones brillan,
Y á la lux Febèa
Mis razgos animan.

Si Homero te oyera
 Si viviera Horacio,
 Con Ovidio, dieran
 Quejas al parnaso.

¡ Qué dejas entonces
 Para hacer justicia
 A aquellos poetas
 De tan alta estima ?

La moral austera
 Tan solo predico,
 Y á union y concordia
 A todos invito:

En esto tan solo
 Tu verdad resalta;
 Mi alma eso apetece.....
 ¡ Oh si lo alcanzara!!!

¡ Qué feliz seria!!!
 ¡ Que lauros, que palma!!
 ¡ Qué gustos, qué dichas,
 Orsindo, del alma!!!

LA ALJABA.